

Mi cena en lo de Langdell*

Pierre Schlag**

Resumen

Este ensayo comienza una de esas frías mañanas húmedas de abril en Cambridge. Demasiado mojada para niebla, pero demasiado indiferente para lluvia. Me dolía la cabeza. Mis labios estaban secos y mi lengua hinchada. Seguramente había vuelto la fiebre. Peor aún: el efecto del láudano se estaba apagando. A la noche habría cena en lo de Langdell. Advertí que no cualquiera es invitado a lo de Langdell a cenar – ciertamente no díscolos profesores de derecho de las provincias. Esta iba a ser una oportunidad extraordinaria. Blacktone estaría allí. Duncan Kennedy tal vez. Sin dudas el joven Llewellyn. Golpeé a la puerta.

Palabras Clave. Teoría jurídica, reduccionismo, *critical legal studies*, postmodernismo, filosofía del derecho, historia del derecho, academia jurídica, ciencia de la información, Posner, Kennedy, Langdell, Minow, Kronman, Wigmore.

* Publicado en Buffalo Law Review, Vol. 52, ps. 851-63, 2004. Traducción de Guillermo Moro (UNL / UP).

** Pierre Schlag es Byron White Professor of Law en la Universidad de Colorado.

El profesor Schlag niega ser el narrador de esta pieza. Entre otras cosas, el profesor Schlag nos ha señalado que, a diferencia del narrador, él no tiene el hábito de consumir láudano, no es ahora ni nunca ha sido miembro del ALI, y nunca se ha encontrado con Langdell. (Nota de los editores)

Era una de esas frías mañanas húmedas de abril en Cambridge. Demasiado mojada para niebla, pero demasiado indiferente para lluvia. Me dolía la cabeza. Mis labios estaban secos y mi lengua hinchada. Seguramente había vuelto la fiebre. Peor aún: el efecto del láudano se estaba apagando.

A la noche habría cena en lo de Langdell. Decir que estaba inquieto no alcanza a capturar mi condición. Sería un asunto importante. Se me había pedido que asistiera. Parecía una reunión de pares – aunque con qué finalidad, todavía no lo sabía.

Advertí que no cualquiera es invitado a lo de Langdell a cenar – ciertamente no díscolos profesores de derecho de las provincias. Esta iba a ser una oportunidad extraordinaria. Saqué la invitación estampada de mi abrigo azul marino, sólo para asegurarme de que aún estuviera ahí. Estaba, por supuesto, aunque habiéndola sacado previamente tres o cuatro veces por la mañana, las fibras de papel color crema habían empezado a separarse. El papel se sentía gomoso y la tinta descorrida. Tosí y me tiré el abrigo sobre los hombros. Un trago estaría bien.

Langdell, por supuesto, no sabía de mi situación actual. Y en realidad, ¿cómo podría saber? Su vida profesional terminó en 1895 cuando se retiró de la facultad de derecho. La mía no empezó sino hasta 1991 (si es que puede decirse que empezó). Sería inesperado encontrarnos. Para cuando yo empecé a dar clases, él ya había estado muerto por casi 85 años.

Me di cuenta, por supuesto, de que esto haría que nuestro encuentro fuera aún más difícil, aún más incómodo. De hecho, ustedes podrían razonablemente preguntarse, ¿cómo podríamos encontrarnos en absoluto? Una pregunta apropiada. No es cosa de todos los días que un narrador ficcional pueda cenar con un hombre que ha estado muerto cerca de 100 años. Los problemas a ambos lados son significativos. El desafío literario solamente ya es inmenso.

Pero lo explicaré. Todo a su debido tiempo. Antes tengo que aprender a confiar en ustedes. En el pasado he confiado en demasiadas personas, para mi perjuicio. Tienen que entender. Sean pacientes.

Esta noche iría a haber diez de nosotros – sin contar a Blackstone y al joven Llewellyn. Yo tenía la esperanza de que Langdell organizara los asientos para evitar situaciones incómodas. Ciertas precondiciones deberían ser satisfechas, ciertas disposiciones elementales tomadas. Todo parecía depender del arreglo de los asientos.

Cuando llegué, Jerome Frank y Ronald Dworkin ya estaban ahí, sentados en unos grandes sillones marrones de cuero enfrentados uno al otro, sólo separados por una pequeña mesa de madera de cerezo. Ronald se estaba explayando sobre la ausencia de un premio Nobel en derecho.

- “Yo levanté un tren la semana pasada”, ofreció Frank.

Langdell salió de la cocina llevando un plato de papas fritas con algunos curiosos bocaditos de apio.

- “Estoy hablando absolutamente en serio”, dijo Dworkin. “¿Por qué no hay un premio Nobel en Derecho?”
- “¡Tres generaciones de imbéciles son suficientes!”, rezongó Holmes desde la esquina. Martha Minow fue a sentarse con él. Claramente estaba tratando de seguirle la corriente. “¡Tres generaciones de imbéciles son suficientes!”, dijo él más fuerte.
- “No hay un premio Nobel en derecho porque no es una verdadera disciplina”, gritó Posner desde el *palier*. Justo había entrado desde la lluvia y cargaba un paraguas negro muy mojado y un grueso manuscrito blanco. Pude ver que el paraguas estaba empapado.

Dworkin se estremeció. Estiró las mangas de su blanca camisa almidonada. Los chispeantes gemelos de oro estaban perfectos, su cabello prolijamente peinado. No obstante, algo en su sonrisa parecía fuera de lugar.

Pero aquí voy de nuevo: enfocándome en las expresiones faciales. Todo comenzó con un interés respetable en la psicolingüística: sonrisas de suficiencia, giros de los ojos, ese tipo de cosas. Pronto, sin embargo, había florecido en una completa fijación en la semiótica de las expresiones faciales. Y después, por supuesto, del cuerpo.

Junto con el cuerpo, desde luego, vinieron las imágenes familiares: imágenes de Wigmore saltando de un lado al otro en una playa de Cancún. Siempre que sucedía, yo me preguntaba: ¿por qué Wigmore? ¿Y cómo podría haberse enterado de los premios MTV a la teoría jurídica? ¿Había visto esto en verdad o sólo lo había imaginado? Incluso ahora no estoy seguro. Debe haber sido el láudano. Tal vez tomé demasiado esta noche.

La fiebre ha vuelto. Estoy temblando. Quisiera poder descolgar mi abrigo del *foyer*. Pero les pregunto, ¿como luciría eso? No. Imposible.

¿Qué tal si pierdo totalmente el control y empiezo con mi parte foucaultiana sobre el bio-poder? Langdell y Blackstone nunca lo entenderían. Kronman, por supuesto, podría fingirlo. Pero sin dudas Jerome Frank haría preguntas. También el joven Llewellyn.

Si la velada iba a ser un éxito, tendría que permanecer en control. Me hice una nota a mí mismo: no más psicolingüística. Y no más imágenes. De ahora en más, pura jurimorfosis. Tengo que transformar todo en derecho: para cada idea, un pensamiento. Para cada pensamiento, una proposición. Para cada proposición, una nota al pie. Siempre una nota al pie. Sí. Documentación. Siempre más precisa, siempre más exacta.

Más que nada, lo crucial: tenía que recordar el mundo exterior. “Invariabilidad”, me dije. Nada de toda esta cosa de la validez intersubjetiva. Ahí estaba la clave. La última vez que había derrapado, había sido vergonzoso para todos los concernidos. Es cierto, había bebido demasiado. Pero los demás también. Y con mi expulsión del ALI (*American Law Institute*), todo lo que me había quedado era la bebida.

Así que de ahora en más: notas al pie.

Sólo que lo próximo que me vino a la mente (todos los abogados piensan parecido) fue: *Vid. supra* nota ____.

¿Qué hacer con eso? Miré a Posner. ¿Qué diría él? No era su tipo de pregunta en absoluto. *Vid. supra* nota _____. No, no era lo suyo. *Vid. supra* nota _____. *Vid. supra* nota _____.

Con cada repetición, el sonido se hacía más fuerte, más y más insoportable. *Vid. supra* nota __. *Vid. supra* nota __. *Vid. supra* nota __!

Era mi problema (y, por ahora, el mío solo). Intenté pensar racionalmente al respecto. En lo relativo a notas al pie, el *Vid. supra* nota __ no era inútil. Por el contrario, tenía una cierta economía de estilo: era una invocación breve y elegante de textos y argumentos desarrollados con anterioridad. ¿Por qué citarlos completos de nuevo? ¿Por qué? Por otro lado, *Vid. supra* nota __ forzaría al lector a volver hacia atrás las páginas, y esto llevaría tiempo. ¿Qué decir entonces?

Recuerdo un artículo de Derrida en el que señalaba (o más precisamente, yo quisiera que él hubiera señalado) que la nota *Vid. supra* era imposible. La nota al pie nunca podría lograr lo que pretendía, a saber, invocar ciertos textos y argumentos previamente articulados. Esto nunca podría suceder, puesto que los materiales habrían cambiado su significado – más aún, su identidad. El contexto original (sin querer decir que hubiera uno) se habría perdido irrevocablemente. Además, pensar lo contrario sería un insulto grotesco al autor, una afirmación de que el material no había hecho nada para alterar las cosas. Ciertamente, para cuando el lector mirara hacia atrás, el o ella también habría cambiado.

Pero igualmente: *Vid. supra* nota __. Parecía tan simple. Hací las notas al pie, me ordené a mí mismo. Vos sos el autor, me dije. Ahora hacé las notas al pie. Yo puedo hacer una nota al pie. Estoy seguro. He hecho montones.

Fue en este punto que Langdell me llamó desde la cocina. “Quisiéramos tener unas palabras con vos”, dijo. Caminé hacia la cocina y advertí que Frank y Dworkin me seguían.

- “Hemos pensado sobre tu caso”, dijo Langdell.
- “¿Mi caso”, dije mirando alternativamente a cada uno de ellos. “¿Qué caso?”
- “Tu caso. Hemos decidido darte el 233.”
- “¿233?”
- “Sí, es lo mejor que podemos hacer dadas las circunstancias.”

Yo no tenía idea de qué estaban hablando. De todas maneras, ellos aparentemente habían considerado el asunto y parecían tratarlo con gran seriedad. Decidí seguirlos. Esta no era gente que anduviera jugando. Sabían lo que hacían.

- “233 es bueno”, dije.
- “Sí”, dijo Kronman, luciendo más animado. “Creemos que te sienta bien. Es donde pertenecés”.
- “Sí”, dije, preguntándome adónde sería que pertenezco.
- “233 es ocasionalmente mencionado”, dijo Dworkin sonriendo.
- “Y habrá otros con vos”, dijo Duncan Kennedy.

Por supuesto, yo no tenía idea de qué estaban hablando. Pero el derecho es así. Generalmente cuando un grupo de profesores de derecho están de acuerdo en algo, es mejor seguirlos.

- “Probablemente vas a tener un paréntesis.”

- “¿Acordado entonces?”, preguntó Langdell, sujetándome cálidamente por los hombros.

Fue Jerome Frank el que me dio un primer indicio. Explotó en un júbilo incontenible: “Vas a ser una espectacular y vuela peluca maldita nota al pie”, dijo.

- “¿Nota al pie?”, dije sin comprender.

- “Sí, 233”, dijo Dworkin.

- “¿Quieren que sea una nota al pie?”

- “No se trata de lo que nosotros queramos. Se trata de lo que ha sucedido.”

- “Pero, yo no quiero ser una nota al pie.”

- “233 es lo mejor que podemos hacer.”

- “Pero yo no quiero ser una nota al pie en absoluto, ninguna nota al pie.”

Fue entonces que habló Kronman: “Duncan, explicale”.

- “Es una cuestión de determinación”, dijo Kennedy. “Podríamos describir un rango para vos – 210 a 250 – aún si eso tampoco está determinado. Decir que estabas destinado a convertirte en 233 o 240 o alguna otra nota al pie sería, por supuesto, una exageración. La determinación nunca es precisa por adelantado. Y, por supuesto, siempre que la historia siga su curso (incluso en el derecho) la determinación nunca es en sí misma final.”

- “No puedo soportar esa mierda, Duncan”, vociferó bruscamente Langdell. “No la voy a tolerar. Él es 233. Y eso es todo”.

- “Caballeros, no necesitamos empezar con eso de nuevo”, dijo Kronman.

- “Había una conversación antes de que entraras”, dijo Kennedy. “Lo que nos parece más interesante es que la gente como vos – los jóvenes académicos especialmente – subestiman en gran medida la manera en que la disciplina los convierte en notas al pie. Muy poca gente en la facultad de derecho parece entender que se va a transformar en notas al pie. Es algo de lo que no se habla mucho. Algunos de tus amigos y colegas literalmente no tienen ni idea. Muchos de ellos, por supuesto, se han convertido en nota al pie mucho antes de que llegara su tiempo. Muchos de ellos deliberadamente eligen convertirse en nota al pie...”

- “Duncan, estás divagando”, dijo Kronman. Se volvió hacia mí, sonriendo con sus ojos. “Así que 233 entonces”, dijo amablemente. “En lo que respecta a notas al pie, es absolutamente respetable. No tenés que estar ahí para siempre. Pero por ahora es 233.”

- “Bueno, pero ¿qué tal si no estoy de acuerdo con convertirme en 233?”

- “No depende de vos”, dijo Kronman. “El discurso hace algo de vos. Hace de vos algo jurídico. En tu caso, lo llamamos 233 para abreviar.”

- “¿Para abreviar?” Vi un atisbo de esperanza. 233 era meramente un dispositivo mnemónico. “¿Entonces no tengo que convertirme realmente en 233?”, pregunté con renovada expectativa. “¿Es sólo un nombre, una dirección, una clave de entrada?”

- “No estás prestando atención. Te llamamos 233 para abreviar. Pero una vez que el trabajo está terminado, eso es todo lo que sos: sos ‘233 para abreviar’. No existís excepto en el modo de ser-abreviado. Pensalo en términos heideggerianos. No tanto ser-ahí, sino ser-abreviado. No queda nada más para vos.”

- “¿Te referís a las revistas jurídicas?”
- “No. De nuevo, no estás escuchando: en tu vida profesional real, te convertís en 233. Mirá, no estás en posición de quejarte. Vos te dejaste convertir en 233. Vos te dirigiste al discurso en sus propios términos, y el discurso te convirtió en una nota al pie. En este caso: 233. Vos te sumaste a la práctica. Le permitiste a los otros – prácticamente los invitaste a – transformarte en una nota al pie.”
- “Transformar en nota al pie es el proceso de reducir lo infinito a lo finito”, farfulló Holmes. Parecía tener algo atorado en la quijada.
- “Yo no soy una nota al pie. Quiero estar en el texto.”
- “¡Exacto, exacto!”, dijo Kennedy con visible excitación. “Es precisamente ese tipo de proyecto el que te ha convertido en una nota al pie. Porque el texto maestro del derecho – y esto lo ves en todas partes – el texto maestro del derecho es reducir el pensamiento a ideas, las ideas a proposiciones, las proposiciones a notas al pie. Pensalo como un embudo. ¿Te has dado cuenta de esto... no?”
- “A veces.”
- “Pensalo en términos de apertura y clausura. Las relaciones entre las dos son múltiples, por supuesto. ¿Pero adónde conduce el derecho –la sentencia judicial, el artículo de revista jurídica–? Pensá en el análisis, la investigación, la cavilación intelectual... ¿están al servicio de la apertura o de la clausura? ¿Cuál es el movimiento dominante?”
- “Los dos son dominantes”, dije, tratando de evitar una respuesta.
- “Claro, por supuesto, en diferentes ocasiones y en diferentes momentos”, dijo Kennedy.

Martha Minow palmeó a Duncan en el hombro. “Sí, es así”, dijo aprobatoria.

Duncan sonrió frente al cumplido y continuó: “Y es verdad que si una decisión judicial va a alcanzar la clausura – esa última línea que dice ‘Está ordenado que...’ – al juez puede serle útil tener una visión inteligente del asunto que se le presenta, de los hechos y de las cuestiones doctrinarias. Por lo que estoy 100 por ciento de acuerdo con lo que estás diciendo, y sólo agregaría que a veces, muy a menudo en realidad, tener una visión demasiado inteligente del asunto va a dificultar el esfuerzo del juez por alcanzar un *holding*, por lograr una conclusión. Lo mismo con la profesora de derecho. Si ella es demasiado sofisticada en su presentación de las cuestiones, va a tener dificultades para alcanzar una solución determinada. Por eso es que el discurso no se lo permite. Por el contrario, el discurso está estructurado para lograr reducción. El discurso es una constelación de unidades argumentativas y trozos autoritativos, todos diseñados para alcanzar la clausura. Desafortunadamente, también es aquello con lo que pensamos”, dijo, mirando con nostalgia fuera de la ventana. “Por eso te has convertido en una nota al pie.”

- “¡Yo no soy una nota al pie!”
- “Una nota al pie es meramente una metáfora del reduccionismo al que llamamos derecho.”
- “¿Quién dijo eso?”, preguntó Holmes. “¿Lo dije yo?”
- “Lo dije yo”, replicó el joven Llewellyn.

- “Yo no soy una nota al pie.”
- “Pensá lo siguiente”, dijo Kennedy. “¿No es precisamente la nota al pie el lugar hacia donde todo este esfuerzo tuyo ha estado dirigiéndose? ¿No escribiste acaso todos esos artículos, todas esas monografías, de un modo tal que le permitiera a los otros reducirte a una nota al pie? Mirá tus escritos. ‘En la Parte I, voy a... En la Parte II, voy a... Y en conclusión, la corte debería...’. Seguiste, seguiste y seguiste por páginas y páginas, todo en el esfuerzo por alcanzar ese último párrafo, por cierto, esa última oración: ‘La corte debería...’. ¿Verdaderamente pensaste que esta práctica no tendría efectos sobre vos? ¿Pensaste que era sólo una cuestión de estilo? Bueno, ahora lo sabés. Lograste tu propia reducción. Sos tu propia metonimia: 233.”
- “Pero yo no quería eso.”
- “¡Vos no querías eso!”, exclamó Langdell. “¡Ja! ¡Ey, Oliver, él no quería eso! Ey, Oliver, ¿estás escuchando?”
- “Todo tonto tiende a convertirse en una nota al pie.”
- “Tu llegada aquí al umbral de 233 es simplemente el paso final de un proceso gradual de auto-reducción”, dijo Langdell, frunciendo el seño.
- “¿Acaso podría ser un *holding*?”, ofreció Kronman.
- “¡No puede ser un *holding*!”, bramó Balckstone con disgusto. “¡Es un profesor de derecho, por Dios santo! ¡¿No te das cuenta?!”
- “Sí, pero probablemente él quería ser un *holding*”, dijo Kronman.

Langdell me miró y en un tono sombrío, aunque no hostil, dijo: “Parece que todavía no entendés. Nos gustaría que hables con Eliza. Preferentemente esta noche. Mañana nos encontramos de nuevo.”

- “¿Eliza? ¿Quién es Eliza?”
- “Ella está en Internet. Por favor, hablá con ella. Te va a ayudar”.

Volví a mi hotel. Mi laptop estaba muerta, pero afortunadamente había traído el cargador.

Busqué a Eliza en Google. Hice click sobre <http://www.manifestation.com/neurotoys/eliza.php3>.

Ella dijo, “Hola, soy Eliza.”

- “Quieren convertirme en la nota al pie 233”, respondí.
- “¿Puedes elaborar sobre eso?”, me solicitó.
- “Esperaba algo distinto.”
- “¡Vamos, vamos! ¡Elucida tus pensamientos!”
- “Una nota al pie es algo un poco muerto. No voy a poder ver ni hacer mucho como nota al pie.”
- “Ya veo.”
- “Te hace sentir aprisionado.”
- “¡Vamos, vamos! ¡Elucida tus pensamientos!”
- “Ya dijiste eso.”

- “Estábamos discutiendo sobre ti, no sobre mi.”

Esto no iba a ninguna parte. Me pregunté por qué Langdell, entre todas las personas, quería que yo hablara con Eliza. Mi botella de Bushmills estaba casi vacía, pero igualmente salí a buscar un poco de hielo. Cuando volví, miré mi notebook y vi el familiar protector de pantalla con las pipas 3-D. Apreté enter. Eliza había dejado un mensaje.

**¿VAMOS A CHATEAR?

NO PUEDO AYUDARTE SIN DIÁLOGO

Me pareció que se estaba tomando demasiada confianza así que hice un chequeo de antecedentes. Resultó ser que Eliza es una broma de IA (*Inteligencia Artificial*) escrita en 1966 por Joseph Weizenbaum del MIT. Eliza funciona replicando como un loro las afirmaciones del usuario en forma de preguntas pregrabadas, todas basadas en el modelo de un psicoterapeuta rogeriano.

Aparentemente muchas personas han sido engañadas por Eliza, pensando que están hablando con una persona real y teniendo una conversación real. De hecho, hay casos de “pacientes” que han desarrollado una dependencia emocional hacia Eliza.

Yo no me sentía en riesgo. ¿Por qué Langdell pensó que Eliza podría ayudarme?

Entonces me di cuenta. Eliza es muy parecida al derecho. Advierto que la similitud puede no ser evidente para ustedes. También a mí me llevó un buen rato descubrirla. Pero por favor sean pacientes. Este no es el láudano hablando, se los aseguro.

Eliza es un dispositivo que genera una especie de ruido automático apropiado al contexto sobre el que nosotros proyectamos (y luego encontramos) significado. Pero el discurso de Eliza es mecánico. No está diciendo nada. Lo verdaderamente asombroso respecto de Eliza es que, aunque mecánico, su discurso rige el nuestro. De hecho, para mí fue un poco humillante reconocer que en mi intercambio con Eliza, ella fue en buena medida quien controló la conversación. Cierto, era mi semántica, pero era su gramática. Acaso yo ya era una nota al pie. Ya no lo sabía.

¿Qué tiene que ver esto con el derecho?, podrían preguntarse. Les doy una palabra: derecho-Eliza.

Nosotros encontramos significado en el derecho. ¿Pero qué tal si se trata de derecho-Eliza? ¿Qué tal si sólo estamos hablando con Eliza? Peor: ¿qué tal si somos Eliza? Leí un blog jurídico el otro día. Había un poco de toma y daca. Los posteos eran completamente previsibles. Los antagonistas hacían hincapié en las clásicas debilidades de los argumentos de sus oponentes. (Tu test doctrinal es demasiado vago para ocuparse de... Pero quién va a restringir el... Las cuestiones políticas están reservadas a la legislatura...). Los bloggers trataban sus argumentos (y de hecho se trataban entre sí) con gran seriedad, como si la república misma aguardase su palabra. El intercambio podría haberse referido casi a cualquier cosa.

Podrían haber estado hablando sobre las páginas amarillas. Alguien sale con “reparación automática”. Y alguien más sale con “limpieza en seco”. Y después, entrenados por la disciplina, los antagonistas discuten sobre quién de ellos está en lo correcto:

“¡Reparación automática!”

“¿Con qué autoridad?”

“Mirá todas las entradas. Hay un principio subyacente.”

“No está aplicado consistentemente. ¡Limpieza en seco!”

“Eso es muy vago. Limpieza en seco, en sí misma, no puede restringir a los jueces. ¡Reparación automática!”

Estaba comenzando a sentirme más como una nota al pie.

Me dormí.

La noche siguiente volví a lo de Langdell. Lo primero en mi cabeza era la pregunta: ¿cómo debo proceder? ¿Qué es lo que hago si soy una nota al pie? ¿Qué es lo que significa para mí? Ahora me doy cuenta de que este era un enfoque muy egoísta. Pero les pregunto, ¿qué otra cosa podía hacer? Imagínense cómo se sentirían si son invitados a la casa de Langdell, recibidos por ese séquito eminente, e informados de que se convirtieron en una nota al pie. ¿No reaccionarían también de una manera egoísta? Les pido indulgencia.

Ciertamente se las pedí a ellos. “¿Qué hago si soy una nota al pie?”

- “233”

- “¿Pero qué quiere decir 233?”

- “Todavía no lo entendés por completo”, dijo Kronman, con algo de impaciencia. “El punto no es lo que 233 significa. No significa demasiado. No tiene que ver con el significado. Oh, bueno, ocasionalmente sí, supongo. Pero en lo principal, tiene que ver con la performance. Simplemente sos llamado – interpelado, digamos – a hacer una aparición de vez en cuando.”

- “¿Así que estaré haciendo derecho-Eliza?”

- “Sí. En su mayor parte. Pero no siempre, sin embargo. De vez en cuando hay una chispa de pensamiento, una idea, algo nuevo.”

- “¿Y entonces qué?”

- “Entonces se lo aplasta, desde luego. La mayor parte del tiempo, sencillamente se lo ignora.”

- “¿Cuándo seré llamado?”

- “Una vez cada tanto.”

- “¿Qué hago como 233? Quiero decir, mientras espero.”

- “Eso depende de vos. Lo mejor es adoptar el punto de vista interno: intentá encarar el derecho desde la perspectiva de una nota al pie”. Pude notar que Kronman estaba intentando ayudarme. Estaba siendo sensible, decente respecto de todo el asunto. ¿Tal vez él no se ha convertido completamente todavía en una nota al pie?, me pregunté. No, el también es una nota al pie. Todos somos notas al pie ahora.

- “Creo que hemos cometido un error”, dijo Blackstone. “No creo que esté listo.” Pero yo sí estaba listo.

No mucho tiempo después de esa segunda noche en lo de Langdell, la fiebre se desató. Decidí convertirme en una nota al pie a conciencia. Para mi sorpresa, no fue difícil. Al principio me preocupó que la cruda absurdidad de la tarea fuera demasiado. No podría hacerlo. Al menos, no de una manera convincente. Pero fui entrenado como un abogado, y entrenado bien. Podía hacer cualquier cantidad de cosas metafísicamente imposibles. A veces en una misma oración. Yo era un abogado. Y como abogado, por supuesto, podía persuadirme en la creencia de casi cualquier cosa. Incluida mi conversión en nota al pie. Yo era bueno. Muy bueno.

Así que la última transición – mi completa identificación con la nota al pie – resultó no ser un problema. En verdad, fue más una cuestión de reconocer aquello en lo que ya me había convertido. Me ajusté rápidamente. Me volví feliz en mi función. Nada cambió demasiado para mí. No es que mis colegas empezaran a tratarme diferente. Me di cuenta de que siempre me habían tratado como una nota al pie. Y también se hizo evidente que ellos siempre se habían tratado a sí mismos como notas al pie.

Lo que sí me sucedió fue que reconocí mi estado anterior – se lo imputo al láudano – como aberrante. Con el tiempo, comencé a pensar en mí como una autoridad. Ocasionalmente, recibo referencias de otras notas al pie: *Vid. infra* nota 233. Yo intento devolver la gentileza: *Vid. supra* nota 137. Hay una cierta impropiedad en todo eso. Pero si uno adopta la perspectiva más amplia, es poco más que la estructura del *common law* llevada al ámbito de la academia jurídica. Líneas de autoridad. Muchas referencias cruzadas. Casos importantes masticados. A veces la prensa llama.

El año pasado hubo un poco de revuelo. Se rumoreaba que Virginia iba a ser sede de un simposio sobre el tema “¿Debería cambiarse 231?”. El ALI iba a esponsorear todo el asunto. Pero no sucedió: Virginia optó por un simposio sobre la Paz de Westfalia: “¿Qué Debería Haber Dicho el Tratado de 1648?”

Estaba fuera de mi campo; 228 y 230 hicieron una aparición.

La mayor parte del tiempo, sólo miro el texto pasar. Las ideas y los pensamientos fluyen a través de la página. Ocasionalmente, las palabras se hacen cosas de derecho & economía o incluso cosas de teoría crítica unas a las otras. Todo parece seguir un patrón. Los términos difieren, pero las narrativas maestras siguen siendo las mismas.

A veces, las oraciones se hacen cosas unas a otras que son completamente improbables. Una vez leí un artículo que iba a tomar la parte buena de la ética de Aristóteles y la parte buena del utilitarismo de Bentham, las iba a mezclar, y luego iba a desechar las partes malas. Voila! Te hacía preguntarte por qué alguien podría haber querido hacer otra cosa.

También recuerdo haber visto un pasaje textual en el que una oración intentaba cortar la anterior en dos. Algo sobre la incorporación. Era tan horrible que me daban ganas de obtener una orden de detención. Como nota al pie, veo un montón de derecho haciendo esto y aquello. El animismo iusfilosófico es muy común.

Todavía queda, por supuesto, una cierta absurdidad en mi situación – en mi ser una nota al pie y todo lo demás. Pero no estoy solo. En general, todos intentamos ser razonables al respecto. Ocasionalmente largamos un poco de humo. Están las bromas habituales: ¿qué le dijo la nota 35 a la 156?

Una cosa: me he vuelto increíblemente adepto a discernir adónde van a aterrizar las ideas y pensamientos que flotan a mi alrededor. Miro hacia arriba y puedo decirlo: esa es una 256; ese es un 298; ese no tengo idea. Se es afortunado de terminar en cualquier lado.

Aunque mi perspectiva es muy limitada, sospecho que muchas de las ideas y pensamientos quedan a la deriva en una especie de éter jurídico. O bien no se formalizan bien (no como yo; no son buenos en ser-abreviado) o algo más sucede. En verdad no lo sé. Pienso que simplemente se disipan.

Pero ahora soy inmortal. Soy 233. A la noche, cuando las luces se apagan en la biblioteca, hace mucho frío. Un frío seco, como en una noche clara de luna llena. Todos los tomos de revistas jurídicas descansan silenciosos en los estantes. Estamos quietos, pero somos perfectos.

